

RECORDANDO A DON JOSE AGUIAR GARCIA

POR

JOSE CAMON AZNAR

GRANDES medidas. Grandes alientos. Un como ímpetu atlántico en la concepción de las formas que parecen reclamar grandes muros. Este es el arte de Aguiar. Y su técnica se halla subordinada a esta magnificación de sus figuras. Porque en Aguiar, como en todos los artistas de altas tensiones, su manera es siempre la más apropiada para resaltar esa heroización de sus figuras. Apenas le interesa el paisaje rural, aunque sí el urbano. Y su humanidad unas veces reclinada en estatuarias actitudes y otras vociferante se erige siempre con anhelos titánicos. A veces este tratamiento se adapta a temas que exigen los grandes gestos y las actitudes excesivas. Otras veces su concepto del gigantismo se aplica a cosas humildes, a bodegones y floreros, que se convierten así en temas alucinantes por su cercanía. Emplea con frecuencia el encausto, haciendo que las ceras coloreadas rindan todas sus opulencias y sobre todo consiguiendo una plástica rotundidad, del mayor efecto en los desnudos femeninos.

Es este tratamiento de las formas en volúmenes claros y torneados, desglosados de los fondos y aun de interferencias ambientales, una de sus conquistas más personales. Manchas vivas, colores pastosos que acentúan ese expresionismo que sobre todo en su época más reciente llena de cabezas exaltadas en sus grandes composiciones. Lo mismo en sus campesinos castellanos que su versión del apocalipsis.

Mencionemos su decoración del Cabildo Insular de Tenerife, realizado con un grave sentido poemático de la composición. Con los protagonistas guanches y castellanos dispuestos en una comprensada ordenación de grandes ritmos murales. Falta aquí esa explosión de expresiones exasperadas que en sus *Hombres de Palacios de Goda*, que impresiona por la reiteración siempre exacerbada de sus rictus, anhelantes. En esta pintura

de ahora, tan alicorta, esta inspiración de Aguiar es una llamada potente a los temas trascendentes.

Siempre reclamando bóvedas y vastos muros. Queremos mencionar sus decoraciones del Casino de Tenerife y en esta misma isla la decoración de la Basílica de Candelaria. En Madrid los murales de la Secretaría del Movimiento y el de la Caja de Ahorros. Y quizá alguna de sus obras más bellas sean los ocho bocetos para los altares del Valle de los Caídos, que no se pudieron ejecutar porque no lo aconsejaba la humedad de ese recinto.

Hay en Aguiar una metafísica del desnudo concentrando en esas mujeres poderosas y monumentales su escultórica rotundidad que los aísla del fondo. La aparente monotonía de estos desnudos es una de las mejores aportaciones de Aguiar. Para expresar su concepción gigantesca del hombre repite el cuerpo quieto, aplacado en la magnitud de su masa, pasivamente expuesto como una superficie telúrica.

Esta concepción hercúlea de las formas en Aguiar se manifiesta en todo su temario. Así en esos retratos de la época salmantina, con el aguileño de D. Miguel de Unamuno en una de sus más famosas versiones. Ello ocurre también en los bodegones con esos grandes peces llenos de rutilantes brillos en los cuales sale a flor su vocación atlántica. Y en unos floreros de densidad forestal.

Arte, en fin, de poderosa vitalidad, de una ambición que lo conecta con los grandes fresquistas murales de todos los tiempos. Con una composición que no admite pausas de reposo, pues los personajes se superponen con las expresiones siempre en el ápice de la expresividad. No hay huecos, pero sí hay pausas de serenidad y aun de expresiones aquietadas como en el reparto del pan y los peces con Cristo dulce y ofrecido con manto rojo que centra la composición. Es natural que en esa explosión de exaltaciones, gigantismos y anhelos desorbitados sea el apocalipsis su tema preferido. Sólo el arranque al afrontar de materia de esa vastedad es bastante para que consideremos a Aguiar un hombre de excepción en esta época. Este apasionamiento temático y técnico está servido por una técnica de golpes vivos que unas veces redondean con torneada carnosidad los volú-

menes y otras se descomponen en largas pinceladas discontinuas para que así se exalten sus cabezas. Queremos resaltar la preocupación religiosa que le sugirió reflexiones, lecturas y esos grandes cuadros finales de una gran exaltación sacral. Así el último, todavía no terminado, *Apoteosis de la Eucaristía*.

En esta Academia lo hemos visto siempre adicto, apasionado, viviendo casi podemos decir que con frenesí los problemas de la Academia. Esa preocupación religiosa de Aguiar le daba un sentido espiritual a su vida que él velaba con pudor de sus mismas exaltaciones. Descanse en paz el querido compañero.